

Crisis de la ecología-mundo: una crisis capitalista para terminar con todas las crisis capitalistas

El mundo en que vivimos ha entrado en una nueva fase de crisis. Pero ¿De qué crisis estamos hablando? ¿A cuál de las casi infinitas declinaciones de la palabra crisis nos referimos? ¿Es una crisis o son múltiples? ¿Es otra crisis o la misma de siempre? Evidentemente no hay una respuesta ni única, ni definitiva, a estas preguntas. Y en cualquier caso, para este tipo de preguntas de tanto barrido una respuesta sólida es aquella que, a su vez, genera otras tantas preguntas, y sucesivamente.

¿Nueva crisis o la misma de siempre?

Sin duda el periodo actual es la continuación de tendencias que vienen de largo, sobre todo en los elementos que la componen tomados analíticamente uno por uno, pero tiene algo de radicalmente nuevo en la manera en que estos elementos se combinan y jerarquizan para diseñar campos preferenciales de descarga de costes, por decirlo más claramente, para designar quién debe pagar los crecientes costes de la crisis.

David Harvey nos enseñó que el capitalismo nunca resuelve sus crisis, tan sólo las desplaza en el tiempo y en el espacio. En los últimos cuarenta años, el capitalismo global ha ido desplazando sus contradicciones a futuro mediante innumerables reestructuraciones geográficas y financieras de la producción. Las finanzas, en tanto "vanguardia" del poder capitalista, han traducido su creciente capacidad para succionar riqueza socialmente producida en gigantescas masas de dinero con las que han podido tanto rediseñar los procesos productivos como abrir nuevos nichos de simple y llana desposesión. En cada una de estas ocasiones en que el capital ha desplazado exitosamente sus costes a futuro, lo que Harvey denomina arreglos, lo ha hecho diseñando unas líneas de descarga de costes sobre clases sociales, poblaciones, territorios y ecosistemas que han reforzado y aumentado los intrincados esquemas de dominio y jerarquía que definen el orden capitalista tardío.

En ese proceso de desplazamiento territorial y dominación social, la reproducción ampliada de capital, el mandato de acumulación incesante y creciente que gobierna el capitalismo, ha ido produciendo una ecología-mundo capitalista, por utilizar el termino de G.H. Moore, a través de su impulso de descarga de los costes de energía, trabajo, alimentos y materias primas del proceso de producción, es decir de la reproducción permanente del orden de dominación y jerarquía de clases sociales, territorios y ecosistemas.

Esta "ecología-mundo", actua para las formaciones sociales concretas cómo una "naturaleza" que el capital produce para reproducir sus condiciones de posibilidad, su ecosistema, que no es ni solo físico, ni solo social, sino las dos cosas a la vez. En la medida en que es precisamente la tendencia irreversible al aumento de los costes en energía, trabajo, materias primas y alimentos lo que define de manera más

inmediatamente visible las perspectivas de futuro inmediato de la acumulación capitalista, también se dispara el coste de producir un nuevo ecosistema capitalista, con sus largas cadenas de dominación y jerarquía, que pudiera suponer un alivio más o menos estable para las crecientes contradicciones que plagan el proceso de acumulación capitalista a nivel global. Para cerrar este círculo, un capital en crisis de rentabilidad permanente necesita cada vez más de la intervención de los estados para simplemente realizar esa operación de la reproducción ampliada del proceso de acumulación a la que la ciencia económica *mainstream* llama "crecimiento".

Los problemas largos

Por un lado, cómo decimos, el capitalismo no termina de superar los bloqueos históricos del proceso de acumulación que emergieron en los años setenta: una fuerte tendencia a la baja en las tasas de beneficio industriales y un estancamiento secular del crecimiento de la productividad del trabajo. Las consecuencias históricas de estos dos procesos han estado relacionadas con el trabajo y su papel en los modelos fordistas: desempleo de masas, caída de los salarios reales, retroceso de los niveles de protección social, precariedad generalizada. Es la llamada crisis de sobreacumulación.

En el occidente capitalista, muy especialmente en el continente europeo, la persistencia de los efectos de fondo de la crisis de sobreacumulación a lo largo de cincuenta años, ha liquidado lo que era su eje vertebrador desde la IIGM, el empleo, entendido como figura protegida del trabajo, que daba acceso a un ingreso salarial estable y convertía en predecibles las trayectorias personales y familiares por el espacio social de posiciones jerarquizadas.

Hoy se puede ya ver con bastante nitidez como le sustituye un régimen que profundiza considerablemente la informalización generalizada, intermitencia en los ingresos salariales y aceleración de la rotación laboral. El mercado laboral se escinde cada vez más entre los nichos protegidos y superprotegidos en un puñado de grandes empresas y del sector público y una amplia extensión de la precariedad vinculada, de una forma u otra, a largos ejes relacionales de subcontratación. Siendo esta fase, para la que todavía no hay un nombre convincente, una profundización de anteriores fenómenos relacionados con la degradación de los mercados de trabajo fordistas como el "paro" o la "precariedad". Es posible entender esta nueva precariedad de masas como un extraño fenómeno de convergencia con el sur global, el mercado de trabajo que viene es más parecido a la informalidad masiva que a los mercados de trabajo fordistas del occidente capitalista.

A medida que se ha ido profundizando la crisis de la producción capitalista en los países centrales, el Estado se ha visto crecientemente obligado a intervenir para reconstruir las relaciones de poder capitalistas que ya no emergen de la producción mediante todo tipo de políticas. Quizá el ejemplo más extremo de este tipo de intervención fue el uso masivo de los ERTE en los sectores industriales europeos

durante los años de pandemia. Recordemos que toda la relegitimación de los estados-nación europeos después de la segunda guerra mundial se construyó sobre su papel como garantes de unos niveles de *welfare* suficientes como para garantizar la estabilidad política, pero también suficientemente escasos como para no dañar el beneficio.

La consecuencia directa de este ordenamiento, es que los estados, y no el capital, se ven obligados a reproducir las condiciones para que los mercados de trabajo capitalistas, principal fuente de percepción de ingreso para la mayoría de sus poblaciones, repartan unos mínimos de ingreso salarial y, en ese sentido, también funcionen en un sentido mínimamente integrador.

La onda larga de la crisis capitalista no solo sigue profundizando la destrucción de lo que fueron los mercados de trabajo protegidos desde los que se fraguó la legitimidad del modelo fordista occidental, sino que cuarenta años de deslocalización de la producción en busca de costes laborales, fiscales y ambientales más baratos han terminado por minar desde dentro la posición de Estados Unidos y Europa en el capitalismo global.

Siguiendo una secuencia histórica que se iniciaría en los años ochenta, y se consolidaría durante los años noventa y dos mil, en este momento histórico el capital productivo está ya terminando su migración hacia los nuevos polos de acumulación asiáticos. El desplazamiento, ya consumado, del centro de gravedad de la producción capitalista a Asia y más concretamente a China, ha dejado a las sociedades capitalistas que fueron el mando del sistema-mundo en una posición de relegación que contrasta con unos discursos oficiales en los que el mundo desarrollado sigue situándose en EEUU, Canadá, Europa y Australia frente a una masa de países emergentes que aún estarían en el proceso de *catching up*.

Las migraciones del capital, sin intervención estatal, provocan una desvalorización inmediata de territorios y poblaciones enteras. En una mezcla de automatismos y acciones conscientes, los estados del occidente capitalista intentan controlar una desvalorización drástica de población y territorio, fenómeno que necesariamente implica una fuerte caída de los niveles de vida y muy probablemente, una desestabilización mayor aún de los modelos sociales del capitalismo avanzado. Así que también los estados se ven obligados a apuntalar permanentemente el orden capitalista en un sentido de competencia entre territorios.

Declive del neoliberalismo y crisis de la solución a la crisis.

La segunda capa histórica de la actual crisis está relacionada con el desfundamiento de lo que fue el neoliberalismo, entendido este como la promesa de la construcción de un orden social estable construido ideológicamente desde los parámetros del "libre mercado" y la "libertad individual" y, en la práctica, a partir de la extensión de las finanzas y sus técnicas de valoración de activos, en su doble vertiente de la deuda

y el crédito, a los mercados inmobiliarios, y muy especialmente, los de vivienda.

La primera tarea autoasignada del neoliberalismo naciente fue, fundamentalmente, de destrucción del orden político que sostenía el inmenso aparato público del modelo fordista-keynesiano. Recortes del gasto público, privatizaciones, levantamiento de los controles de capital internacionales, desregulación financiera y sustitución de las provisiones públicas de sanidad y pensiones por mecanismos de aseguración privados y fondos de pensiones fueron algunas de las líneas centrales de aquel primer neoliberalismo de los años ochenta.

El plan alternativo, algo así como la dimensión "propositiva", de la nueva élite financiera neoliberal consistió en la extensión del crédito y sus sofisticados mecanismos de conversión en activos negociables en los mercados financieros. Tendencialmente, el dinero a crédito, aspiraba a extenderse por toda la capilaridad del cuerpo social como forma de generación de ingresos relativamente independiente del maltrecho mercado laboral. En ausencia de capacidad para adquirir acciones y bonos, la inmensa mayoría de las distintas capas medias de estas sociedades pusieron la vivienda como activo inmobiliario susceptible de generar riqueza "tangible". Y hasta que se cortó drásticamente en 2007, esta dinámica "virtuosa" no paró de aumentar su poder de absorción de poblaciones y territorios.

El fortísimo ciclo de urbanización que vivió el mundo entero desde mediados de los años noventa hasta 2007 fue la materialización física y social de este modelo experimental de crecimiento, y de sociedad, neoliberal. La rapidez con que este modelo se ha comenzado a extinguir, ni siquiera la mitad de años de lo que duró el esplendor del fordismo, es casi análoga a su multiplicación exponencial durante su *belle époque*.

El caso español es de ejemplo de libro de texto en este sentido, se puede decir que España se especializó entonces en la producción de rentas inmobiliarias, en mayor o menor medida, relacionadas con el excedente financiero que genera el turismo y en su redistribución entre la capa propietaria de vivienda de la población española. En términos cuantitativos, tanto monetarios como biofísicos, los indicadores de extensión de la burbuja inmobiliaria palidecen ante el colosal boom de las nuevas ciudades chinas con todo su aparato de redes de transporte e infraestructuras asociado, o con el grado de extensión al cuerpo social que alcanzaron las hipotecas subprime en EEUU.

En 2024, echando la vista atrás se puede considerar ya que 2008 fue para el modelo neoliberal/financiero, lo que 1973 fue para el modelo fordista/industrial, el punto histórico en el que la tendencia se quiebra y comienza a apuntar hacia el declive cíclico. A distintos ritmos, primero Estados Unidos y Japón, más tarde la Europa saliente de la espiral autodestructiva de la austeridad impuesta por el gobierno de Alemania, la política de recuperación consistió en una bajada drástica de los tipos de interés que anegó los circuitos económicos de dinero barato.

El fin último de este movimiento fue retrasar un ajuste generalizado en las economías occidentales provocado por su pérdida de competitividad frente a Asia. Lejos de la celebración de las virtudes del mercado para depurar de unidades productivas ineficientes el mundo económico, una vez ya adjudicados los costes de la crisis a aquellos sin capacidad política de respuesta, las poblaciones dominadas y sus ecosistemas, el neoliberalismo realmente existente desplazó los costes de la crisis para las distintas fracciones del capital a futuro, una vez más.

Pero la enorme sacudida de la pandemia global, que, recordemos, llegó a llevar a la economía global cerca del "cero absoluto" de actividad, necesitaba algo más que políticas de inundación con dinero de los mercados financieros globales. En un sistema financiero que castiga el riesgo con tipos de interés extra, las famosas primas, y a la vez necesita esos mismos activos de riesgo para formar beneficios extraordinarios, indispensables para consolidar el dominio financiero del mundo, no es tampoco demasiado sorprendente que todos los estados del occidente capitalista se hayan ido saltando sin muchos miramientos los distintos tipos de restricciones neoliberales al crecimiento de la deuda pública.

Sin caer aún en la turbulencia abierta, los elementos de caos sistémico en la ecología-mundo capitalista siguen siendo bastante visibles y, más importante, escapan en gran medida al control de los estados-nación capitalistas occidentales. La previsible explosión de la demanda que siguió al final escalonado de los confinamientos en 2022 puso en evidencia que el papel de China como centro, casi único, de la vida económica global ha transformado las redes logísticas globales y ha acelerado la hegemonía china de la producción capitalista. En la medida en que en este camino a la hegemonía productiva, China ha ido transitando desde su posición exportadora inicial hasta la construcción de su gigantesco mercado interno, las órdenes de exportación han ido detrás de las necesidades internas chinas en orden de prioridad. El resultado ha sido un fuerte tensionamiento de las cadenas logísticas globales en forma de espiral inflacionista y de crisis del coste de la vida que, en respuesta, ha provocado una fuerte subida de los tipos de interés y el final de la era del dinero ultrabarato.

La fase verde del capitalismo financiero global

No tanto la crisis ecológica como su resolución en términos capitalistas son el centro discursivo sobre el que pretende relanzarse el crecimiento global. La crisis climática, como elemento más visible de una gigantesca crisis ecológica, se ha agudizado visiblemente en estos años, en gran medida como consecuencia de los brutales impactos ecosistémicos y sociales de los años del mega boom de la urbanización global. Frente a esta evidencia de la crisis ecosistémica y el cambio climático, todos los aparatos ideológicos del capitalismo global actual nos dicen se puede resolver gracias a la capacidad de innovación y emprendimiento que se le atribuye al espíritu capitalista, aunque para que esto suceda sean indispensables niveles crecientes de inversión pública de clara inspiración neokeynesiana.

Todo tipo de agencias capitalistas, ya sean financieras o industriales, y todo tipo de agencias estatales en todas las escalas geográficas, se reclaman como parte interesada en esta extraña operación de salvación del capital a cargo de sí mismo que tendría como efecto derivado la salvación de la vida humana en la Tierra tal y como la conocemos. Ni capitalistas ni Estados parecen tener el menor problema para moverse sin resistencias significativas dentro de esta matriz discursiva, ni para distorsionar interesadamente las principales lógicas políticas, que el movimiento ecologista ha ido diseñando a lo largo de los últimos cuarenta años, sin que nadie se oponga significativamente.

La carta de Larry Fink, CEO de BlackRock, la mayor gestora de activos del mundo, a los accionistas a principios de 2021, es quizá el documento fundacional del capitalismo verde como nuevo discurso legitimador del capitalismo global. En esta carta, Fink hablaba de crisis climática y de agotamiento de los recursos, pero sobre todo prometía que invertir en capitalismo verde puede generar *shareholder value* en abundancia. El tono de la carta de Fink siendo siempre de expansión de los mercados financieros, de agregación de nuevas fuentes de beneficios garantizados por estados-nación e instituciones supra nacionales, en ningún caso, se percibe intención de sustitución o supresión de mercado existente alguno.

La ESG, *Environmental and Social Governance*, es el nombre que las finanzas han dado a este nuevo eje “verde” de sus actividades de adquisición de fuentes de beneficio. En este caso, los múltiples objetivos cuantificados en las distintas cumbres del clima desde Tokyo sirven como referentes de nuevos métodos de auditoría contable y de valoración de activos que, en última instancia, vehiculan la canalización de los flujos de capital ficticio hacia lo que pretende ser un nuevo ciclo de expansión financiera similar a los anteriores ciclos tecnológicos.

Las finanzas entendieron durante los dos años de la pandemia, que cualquier posibilidad de mantener su hegemonía sobre el capitalismo actual depende de su capacidad de situar la transición ecológica y el capitalismo verde en los mercados financieros cómo valores y activos a negociar. Entre otras cosas, tener un pie en el capitalismo verde, permite a las finanzas una desvinculación parcial de los parámetros políticos del neoliberalismo en declive. Por decirlo en términos propiamente financieros, la apuesta, siempre relativa, por el verde diversifica la cartera de discursos políticos que pueden asumir las finanzas como propios y, por lo tanto, evita riesgos.

Las finanzas no tienen el mismo tipo de control sobre los procesos productivos asiáticos que han tenido durante el largo desmontaje del aparato productivo fordista, y saben que van a ser los Estados quienes canalicen el régimen de beneficios de las empresas privadas que cuelgan de los ambiciosos planes de reindustrialización verde de *Next Generation* en Europa o el *Inflation Reduction Act* en Estados Unidos. En este marco, si los Estados hablan el lenguaje del capitalismo verde, también lo hablarán las casas de finanzas y las empresas globales que aspiran a controlar tanto la

inversión como la deuda estatal.

Más allá de su evidente función legitimadora del nuevo papel de los estados-nación capitalistas como sustentadores del orden económico, y sus posiciones jerárquicas, la decadencia económica de Europa y, en menor medida, de Estados Unidos, cómo polos territoriales más afectados por la crisis de sobreproducción permanente y el estancamiento secular de la productividad del trabajo, les incapacita para desarrollar nuevas ventajas competitivas en el capitalismo verde.

China domina casi de forma absoluta las principales nuevas industrias verdes, con las energías renovables y el coche eléctrico como productos estrella, y el Partido Comunista de China bendijo al capitalismo verde en los discursos ante la ONU de Xi Jinping en 2021, dejando claro que los nuevos sectores están tan sujetos a la dinámica de construcción de la hegemonía productiva china como cualquier otro. Lejos de los triunfalistas planes de reindustrialización y empleo de masas sobre bases “sostenibles”, en términos económicos lo queda es una pelea competitiva entre Estados Unidos y Europa por ver quién se lleva las migajas que deja China. Y en este sentido, el giro al proteccionismo verde del Gobierno de Joe Biden con el *Inflation Reduction Act* que prevé una movilización de subvenciones para atraer capital adicional muy por encima de la que asigna los fondos Next Generation de la UE, vuelve a dejar clara la posición subalterna de la Unión Europea en este reparto de posibles nichos de acumulación a futuro.

La vertiente financiera del capitalismo verde, la ESG, no parece que vaya a convertirse en algo más que un sistema contable satélite mediante el que las finanzas se posicionan para extraer y centralizar el beneficio que generen las subvenciones millonarias a los nuevos sectores verdes. La imposibilidad última de establecer un sistema de precios para los activos “naturales” y “sociales” que permita una lectura monetaria de los beneficios y las pérdidas hace que no pueda ir mucho más allá de la rentabilidad financiera ordinaria de las nuevas industrias verdes.

Las finanzas han rehecho sus nichos de beneficios extraordinarios en otro lugar: los mercados de energía y materias primas, reorganizados desde los mercados de gas y de emisiones de carbono, se han convertido en el núcleo del capitalismo verde realmente existente. Este proceso aprovecha la confusión permanente que supone asumir que los precios son señales claras e inequívocas de escasez o abundancia física de recursos. Algo de lo que los movimientos ecologistas son bastante responsables. Esta confusión está en el centro de los beneficios extraordinarios de los agentes financieros que negocian con activos energéticos y financieros a la hora de subir sus márgenes cuando, por un motivo u otro, los mercados predicen escaseces futuras. Es cada sacudida de estos mercados la que está provocando oleadas superpuestas y sucesivas de encarecimiento de los precios de los productos básicos para la vida, que constituyen la manifestación primera y más visible de la fase actual de la crisis.

Pero el capitalismo verde no solo promete beneficios, también promete cosas como una "transición justa" a la sostenibilidad, la descarbonización de la economía y hasta un nuevo acuerdo social a la manera de los grandes acuerdos políticos que sancionaron el nacimiento de los modelos sociales fordistas: el green new deal. Todos estos bellos términos, y los no menos bellos sentimientos que los motivan, chocan contra algo que nos enseñó la economía ecológica: la imposibilidad de reducir a precios los intercambios biofísicos de materia y energía que constituyen la dinámica de los ecosistemas. Esta imposibilidad marca el límite absoluto que impide que haya forma alguna de integración de las dinámicas ecosistémicas en los circuitos del capital, gobernados, cómo están, íntegramente por el dinero, la rentabilidad y la cuantificación.

El dinero es la herramienta que desarrolla el sistema capitalista para reproducir las posiciones y jerarquías de poder en la reproducción ampliada del capital, de la misma manera que el salario, desde el punto de vista del capital, ya es el pago por el coste de la reproducción de fuerza de trabajo, energía y recursos. El dinero, en tanto forma plenamente integrada en el circuito del capital, no puede compensar de ninguna otra manera la destrucción de los ecosistemas necesarios para la reproducción de la vida.

En resumen, la crisis de la ecología-mundo capitalista no se puede resolver con dinero, y la única forma de resolución, o desplazamiento, que conoce el capitalismo es la forma-dinero en su multiplicidad de variantes. Lo único que puede hacer el capitalismo con la crisis climática, o con cualquier otra, es convertirla en un negocio. De alguna manera, en este momento histórico, estamos tocando una contradicción muy profunda entre el valor de uso y el valor de cambio, un conflicto entre el mundo que crea el dinero y todo aquello que no ha sido monetizado directamente tras siglos de acumulación capitalista global. Por eso podemos decir que estamos en una crisis terminal.

Políticas de clase desde la reproducción social

Desde el punto de vista del capital, todo aquello que cae fuera de la cuenta que paga a la sociedad, y a la naturaleza, en forma de salario entra en el ámbito de la reproducción. La reproducción, por distintos motivos, está fuera de la lógica del dinero, es actividad no remunerada directamente, pero también está totalmente subordinada al mundo del dinero y la ley del valor.

Una vez sometida la producción capitalista en los países del occidente capitalista al dominio hegemónico chino, es en el ámbito la reproducción social, donde una nueva política de clase tendrá que encarnarse en el sujeto que convierta la crisis de la ecología mundo capitalista en modelos sociales, territoriales y ecosistémicos que merezcan la pena ser vividos.

Los conflictos en la reproducción se materializan en forma de nuevos

enfrentamientos entre los expulsados del orden salarial contra las distintas agencias de las finanzas, que, a su vez, redoblan su presión sobre un cuerpo social crecientemente depauperado. A la extracción de rentas a través de mecanismos clásicos como el endeudamiento y las rentas inmobiliarias, hay que sumarle los nuevos mecanismos de extracción de rentas a través de las distintas formas de suministro básico de energía o productos de primera necesidad, siempre bajo figuras de fuerte regulación pública, de energía y materias primas que ya están tensionando fuertemente toda la estructura social en modos aún incipientes.

Bajo este conflicto capilar entre las finanzas y la población, hay otra capa de conflicto, aún más profunda, y decisiva políticamente. La concepción que de sí mismo tiene el trabajo excedente, los expulsados del orden salarial tradicional, habitualmente hoy sigue siendo la de ejército de reserva. En este caso, se mantiene la disponibilidad para entrar en los mercados de trabajo con la esperanza de que la situación mejore o aparezcan mejores oportunidades en algún otro lugar. En algunas partes del mundo, fundamentalmente en el sur global, esta ha sido toda la subjetividad posible para las masas trabajadoras, el ejército de reserva, siempre en expectativa de destino. Pero hay otra posibilidad, que solo puede ser construida políticamente, la de un trabajo excedente que se sabe inempleable y, por lo tanto, se desvincula del capital. Ese sería el objetivo último de una política de clase en la esfera de la reproducción, construir cultural y materialmente la posibilidad de una desconexión, al menos parcial, de los mercados de trabajo capitalistas como medio de vida

Afirmar la primacía política del orden de la reproducción, simplemente, es una llamada a terminar con los múltiples residuos socialdemócratas y keynesianos que aún pueblan el imaginario de la izquierda europea. Lejos de ser un mandato ideológico, esta afirmación se desprende sola del análisis del momento actual y sus perspectivas de futuro. El mecanismo redistributivo central en las sociedades de base industrial era la negociación colectiva bajo la fórmula trinitaria capital-trabajo-estado en la que se disputaba el destino del excedente económico. Hoy, en un momento en el que no solo los sindicatos son un apéndice del Estado, sino que también la patronal es el estado en una economía con los niveles de intervención de mercado como las del occidente capitalista actual. En última instancia, en ausencia de las figuras del capital productivo y la clase obrera fordista, queda una negociación del estado consigo mismo en la que se ventilan los intereses sectoriales inmediatos de las distintas ramas del empleo protegido.

En resumen, en esta crisis de la ecología-mundo capitalista se desestabiliza la base de los órdenes políticos en el capitalismo occidental: la premisa de un crecimiento robusto al que habría que aplicar correcciones redistributivas para garantizar la legitimidad del modelo. En ese proceso, las reclamaciones económicas se convierten en un juego de suma cero entre grupos de presión. La desaparición progresiva del orden salarial como herramienta de agregación al orden capitalista deja al ámbito de la reproducción social como espacio casi único del conflicto social donde la política puede ser de clase y anticapitalista y no un mero rosario inacabable de reclamaciones

al estado.

